
Francia-Alemania: en busca del eje perdido

ÍÑIGO MÉNDEZ DE VIGO*

AL término de la Cumbre bilateral celebrada en Nantes en noviembre del año 2001, el Presidente de la República Francesa afirmó en rueda de prensa que Europa progresaba cuando así lo hacía el motor franco-alemán, pero «se estanca –añadió– cuando la relación entre Francia y Alemania se atasca».

¿Cuánto hay de mito y cuánto de verdad en esta afirmación? ¿Ha existido o existe un motor franco-alemán que actúa en favor del progreso de la construcción europea? Y, en caso afirmativo, ¿cuál es el balance de su actuación y cuáles sus perspectivas?

Para poder responder a todos estos interrogantes es preciso echar la vista atrás. Situémonos en Erfurt, el 29 de septiembre de 1808, cuando en aquella pequeña ciudad alemana el emperador de Francia y el zar de todas las Rusias se disputan con cuatro reyes y treinta y cuatro príncipes y duques el destino de Europa. Será en Erfurt donde Napoleón conozca a Goethe y pronuncie aquella frase que dará la vuelta al continente «Vous êtes un homme» dirigida por el príncipe de la guerra al príncipe de la inteligencia.

¿Es cierto, como pretenderá el corso años después en su destierro de Santa Elena que su única pretensión en Erfurt era «hacer de todos los pueblos de Europa un mismo pueblo en el seno de una misma confederación»?

Creo que Napoleón no pretendió confederar a los pueblos europeos sino implantar una política hegemónica, basada en sus preocupaciones estratégicas para hacer frente a Inglaterra. Confederar no es imponer,

* Íñigo Méndez de Vigo es letrado de la Cortes y Eurodiputado.

y Napoleón impuso a los pueblos conquistados su sistema administrativo o de enseñanza, su código civil; les obligó a comprar sus productos y a formar parte de su ejército. Quiso también establecer que las monedas de los reinos satélites «adoptasen las mismas divisiones de valor que las monedas francesas para asegurar la uniformidad monetaria en toda Europa, lo que sería una gran ventaja para el comercio». Pero, cuando después del efímero episodio del Imperio de los cien días, las tropas francesas fueron derrotadas en Waterloo, el balance no pudo ser más elocuente: el nacionalismo patriótico y hegemónico francés había despertado la conciencia nacional de los principales pueblos europeos. La lucha contra el invasor había provocado la primera guerra civil de nuestro continente.

Tras la tempestad, la calma. Es la época del concierto europeo, dirigido por un Directorio imaginado por el canciller Metternich en el Congreso de Viena de 1815, y plasmado en una serie de convenios internacionales entre las potencias que formaron la Santa Alianza o la Cuádruple Alianza y cuya finalidad era garantizar tanto la integridad territorial de las monarquías legitimistas como su forma autoritaria de gobierno.

La salida de Inglaterra del sistema y el empuje de las ideas democráticas provocaron, a partir de 1830, la sustitución del sistema de Directorio por el de las conferencias internacionales. Aunque éste se reveló útil para temas puntuales, no pudo o no supo resolver las discordias surgidas entre las grandes potencias en su propio seno.

La cuestión que se planteaba entonces —y que sigue constituyendo hoy el gran interrogante— residía en la posible conciliación de los intereses legítimos de cada Estado con los de la sociedad europea en su globalidad. Desde los orígenes del debate, muchos de los teóricos del momento se esforzaron tanto en poner trabas al desencadenamiento de guerras entre europeos como a imposibilitar el surgimiento de una política hegemónica. Leibniz propuso una reorganización federativa del viejo Imperio romano-germánico como forma de frenar al expansionismo francés; un siglo más tarde, Saint Simon, apoyándose en la emergencia de una «sociedad industrial» reclamará una gran comunidad internacional en paz, configurada como un «gran espacio» para el desarrollo del comercio. Proudhon, Mazzini o Víctor Hugo, expresarán con un apasiona-

miento no exento de cierta ingenuidad, sus convicciones de que la unión de Europa era el zócalo imprescindible para hacer realidad sus proyectos políticos, ya fueran éstos el socialismo, la unidad nacional o el internacionalismo pacifista. La contribución que la moneda única podía hacer por la paz de los pueblos no pasó desapercibida para estos soñadores. En este sentido, es significativo que Víctor Hugo, retomando la idea expresada por Juan Stigel mucho tiempo antes, abogue por «una moneda continental que tenga como punto de apoyo el capital de Europa y como motor la actividad de doscientos millones de hombres».

¿Por qué no prosperaron las iniciativas de estos idealistas del europeísmo? La respuesta, según Brugmans, reside en el auge del nacionalismo. El nacionalismo patriótico de raíz francesa había sido sustituido, tras el último soplo romántico de los revolucionarios de 1848, por el nacionalismo realista de Otto von Bismarck. Olvidando las letras de aquellas canciones que proclamaban «Die Gedanken sind frei» y apelaban a una fraternidad universal, el Canciller de Hierro no dedicó un solo instante a conciliar los intereses del naciente Reich alemán con el ideal de una sociedad europea. Este Estado nacional —«el más frío de los monstruos fríos», lo denominará Nietzsche— se convierte en la única realidad política.

Lo cierto es que ese nacionalismo de carácter autoritario no pudo ser contrarrestado por alguna forma de cooperación a nivel europeo. También es cierto que el nacionalismo francés tampoco puso mucho empeño para evitar el conflicto. Cuando se plantea la sucesión de nuestra Isabel II, el Duque de Gramont, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de Napoleón III, se expresaba en los siguientes términos ante los miembros de la Cámara de Representantes: «no creo que el respeto a los derechos de un pueblo vecino nos obligue a aceptar que una potencia extranjera, poniendo a uno de los suyos en el trono de Carlos V, pudiera alterar en nuestro detrimento el actual equilibrio de fuerzas en Europa y poner en peligro los intereses y el honor de Francia. Confío en que esa posibilidad no se produzca. En caso contrario, sabremos cumplir con nuestro deber sin la menor vacilación ni debilidad».

El resultado es conocido. Sedán constituye en 1870 la antesala de la primera Gran Guerra; ésta a su vez, el primer paso hacia la segunda contienda mundial sobre nuestro suelo. Fue François Mitterand quien

en su última intervención ante el Parlamento Europeo en 1995 aludió de forma lapidaria a la causa última de tanto desastre cuando afirmó «los nacionalismos son la guerra».

Sus consecuencias fueron devastadoras para Europa: los Estados que pocos años antes se habían unido para repartirse África se encontraban reducidos a escombros. La supremacía mundial se la repartían los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. El declive económico y cultural del continente era una realidad palpable.

A partir de 1948 la oposición entre el Este y el Oeste y la posterior guerra fría crearon un sentimiento de inseguridad en los países de Europa Occidental. En aquellas fechas comienza a plantearse en todas las cancillerías el «problema alemán». El diferente camino que habían tomado las zonas respectivamente ocupadas por los aliados y la Unión Soviética fue un revulsivo para buscar una solución a la situación alemana.

Fue Jean Monnet quien mejor supo darse cuenta de las posibilidades que brindaba la «cuestión alemana». Según su análisis, en 1950 la mayor parte de los europeos veían la guerra como algo inevitable. Alemania no sería esta vez la causante sino el motivo. La astucia de Monnet consistió en transformar el problema franco-alemán en problema europeo y convencer a los líderes políticos occidentales de que cualquier propuesta de futuro debía asentarse sobre la reconciliación franco-alemana. Lo que Monnet auspicia es la superación de la pugna entre nacionalismos por la construcción común de Europa. Dicho en otros términos, Europa como antídoto frente a los nacionalismos.

Monnet fue el instigador de la Declaración del 9 de mayo de 1950 por la que Francia invitaba a Alemania a poner en común la producción del carbón y del acero y someter su gestión a una Alta Autoridad Común.

La Declaración del 9 de mayo constituye el punto de partida de la construcción europea. Con frecuencia se ha hecho referencia al método utilizado, el funcionalismo, que descarta la integración global en beneficio de una integración por sectores y la integración política en beneficio de la integración económica.

Igualmente se ha glosado la reflexión del Ministro Francés de Asuntos Exteriores Robert Schumann, para quien Europa no se haría de golpe ni en una construcción de conjunto, sino «a través de realizaciones concretas, creando una solidaridad de hecho».

Pero quizás se haya prestado menos atención a otro aspecto de la Declaración del 9 de mayo que tiene no obstante un interés especial para estas reflexiones. Me refiero a la propuesta contenida en la Declaración para crear una federación franco-europea. Algo similar había propuesto Jean Monnet entre Francia y Gran Bretaña durante los años más duros de la contienda mundial; apostar en 1950 por la unión de los enemigos de la víspera era, por decirlo en términos de jugador de mus, un órdago a la grande.

En las próximas páginas examinaremos las vicisitudes de tal propuesta pero permítaseme recalcar cómo en 1950 el objetivo no declarado de la Declaración Schumann era la consecución de la unión entre Francia y Alemania en el marco de una federación europea.

La puesta en marcha de la primera Comunidad Europea en 1951 fue un éxito económico y social hasta que la reestructuración de los mercados del carbón y del acero y su progresiva pérdida de importancia para la industria europea la empujaron hacia un segundo plano. Pero, para entonces la CECA había puesto los cimientos del edificio europeo, había enseñado el camino de la reconciliación, había demostrado la fuerza de atracción de unos ideales, y había introducido en los hábitos de los gobiernos la colaboración con una autoridad independiente que se guiaba por un interés superior.

Pero cuando esta integración afectó a cuestiones esencialmente políticas, el método mostró sus limitaciones. Así acaeció con la propuesta de creación de una Comunidad Europea de Defensa que fue rechazada por la Asamblea Nacional Francesa en 1954. Será uno de sus oponentes, el General de Gaulle, quién habiendo sido elegido Presidente de la República en 1958, marque con su estilo la década siguiente en lo que significa un cambio profundo en el tránsito de la IV a la V República. De Gaulle no era un europeísta como Monnet o Schuman; sino un intergubernamentalista cuya visión de Europa está reflejada en el Plan Fouchet. Para De Gaulle, Europa debía ser una Unión de Estados a la manera de una alianza de derecho internacional para adoptar una política exterior común en aquellas cuestiones que afectaran a todos los Estados miembros; asimismo era partidario de un reforzamiento de la seguridad de los Estados europeos contra toda agresión extranjera y se mostraba partidario de la cooperación en asuntos relacionados con la ciencia y la cultura.

Los otros cinco socios que habían firmado los tres Tratados constitutivos de las Comunidades Europeas (CECA en 1951, CEE y EURATOM en 1957) permanecieron fieles al objetivo político de la Declaración del 9 de mayo y rechazaron el Plan Fouchet. Sus críticas se centraban en la ausencia de instituciones supranacionales para el ejercicio de las competencias comunes, en la incorporación de temas relacionados con la defensa, hasta entonces en el ámbito de acción de la OTAN, y en la no previsión de la posible participación británica.

Cuando el General se apercibió de la imposibilidad de llegar a un acuerdo, cambió de estrategia. Por un lado firmó con Alemania el 22 de enero de 1963 el Tratado del Elíseo donde se establecen los grandes objetivos de la cooperación franco-alemana. La apuesta de De Gaulle es por tanto por la cooperación entre Estados soberanos y no ya por la unión de esos mismos Estados en el marco de una federación europea. Aunque de esta cooperación bilateral han surgido propuestas que con el tiempo se han convertido en iniciativas a las que se han sumado el resto de los miembros de la Unión Europea (televisión ARTE, prototipo de la televisión cultural europea, o la brigada franco-alemana, embrión del cuerpo de ejército europeo), lo cierto es que el Tratado del Elíseo sienta las bases de un proyecto diferente de aquel que había surgido en el salón del reloj del Quai d'Orsay.

Una vez asegurada la cooperación con Alemania, De Gaulle decidió ajustar las cuentas con la Comisión Europea, en quien percibía «una institución sospechosa de desviaciones supranacionales cuyo objetivo era enterrar a las naciones». El proyecto comunitario basado en el sistema de integración funcionalista se asemejaba, según el entonces Presidente de la Comisión el alemán Walter Hallstein, a un cohete formado por tres cuerpos. El primero sería la unión aduanera; el segundo la unión económica y monetaria y el tercero la unión política. El término de cada una de las fases provocaba automáticamente la puesta en marcha de la siguiente. Para culminar ese proceso de *spill over* era necesario que la toma de decisiones se llevara a cabo por mayoría y no por unanimidad. Tomando como pretexto el reglamento financiero de intercambios agrícolas, De Gaulle desbarató aquel proyecto y logró que se aceptara, en el denominado compromiso de Luxemburgo, la noción de «interés vital» que un Estado podría aducir para vetar la adopción de una decisión que

afectara gravemente a sus intereses nacionales. Con ello, quienes habían soñado con que la puesta en común de importantes sectores económicos produjera una especie de fusión política, se vieron confrontados con la dura realidad.

La relación franco-alemana durante los años 70 cambió de registro, especialmente a partir de la elección de Valéry Giscard d'Estaing como Presidente de la República. Giscard afianzó una relación de amistad personal y política con el canciller alemán Helmut Schmidt que permitió progresos indudables en la construcción europea. Pienso especialmente en la creación del Sistema Monetario Europeo, primer jalón de lo que en los años 90 sería la Unión económica y monetaria y antecedente necesario del euro; la creación en 1974 del Consejo Europeo como el órgano de dirección política de las Comunidades o la elección del Parlamento Europeo por sufragio universal a partir de 1979. Y si bien es cierto que las dos crisis del petróleo pusieron de relieve la inexistencia de una política común europea, no es menos cierto que Giscard y Schmidt inauguraron una fase de iniciativas conjuntas franco-alemanas que en la década de los 80 continuarían sus sucesores Mitterand y Kohl.

La actitud de Mitterand ante Europa era una incógnita. Mientras estuvo en la oposición, se había mostrado muy crítico con la política europea de Giscard acusándole incluso de llevar a cabo una política «importada de Alemania». Sus primeras intervenciones, donde defendió un relanzamiento artificial de la actividad económica para luchar contra el paro y la creación de un espacio social europeo no fueron bien acogidas por sus socios, a quienes en aquellos momentos ocupaban y preocupaban otras cuestiones, como la reforma de la política agrícola común, las cuestiones presupuestarias y el cheque británico o la adhesión de España y Portugal. A partir de 1983, la debilidad del franco francés y las negativas consecuencias que para su economía hubiera supuesto una eventual salida del sistema monetario europeo clarificaron la decisión del Presidente de la República, quien abandonó por completo la política económica de Mauroy e inscribió en el orden del día el mantenimiento del franco dentro del SME, la observancia de las reglas del mercado común y la petición de solidaridad a los socios, especialmente a Alemania. La apuesta europea de Mitterand consiguió desbloquear en 1984 durante el Consejo Europeo de Fontainebleau las cuestiones

presupuestarias que tanto habían enturbiado las relaciones entre los socios durante los últimos años y abrió la vía para concluir las negociaciones de adhesión de España y Portugal.

Pero, sin duda, lo más importante fue la nueva relación con Alemania. Ésta permitió el lanzamiento de iniciativas comunes que confluyeron en la aprobación primero del Acta Única Europea con su corolario de ultimación de un mercado interior, y del Tratado de Maastricht en 1992, la respuesta tenue –pero respuesta política, al fin y al cabo– a la caída del Muro de Berlín.

¿Cómo funcionaba en esta época el motor franco-alemán? En sus *Memoires*, Delors cuenta de forma pormenorizada el método utilizado. Tomando como ejemplo el Tratado de Maastricht, el eje franco-alemán formuló dos iniciativas conjuntas (19 de abril y 6 de diciembre de 1990) que posteriormente fueron discutidas con el Presidente de la Comisión Europea.

Según Delors, las iniciativas franco-alemanas perseguían siempre la profundización de la construcción europea, es decir, hacer más Europa. La labor del Presidente de la Comisión consistía en limar asperezas con el resto de los socios aplicando una regla de oro no escrita formulada por Genscher y consistente en no imponer nada a ningún país miembro que éste fuera incapaz de soportar. Al final, Delors debatía con todos los gobiernos concernidos y presentaba un acuerdo aceptable por todos y que redundaba en beneficio de los intereses generales de la Unión. La fijación de una fecha para la entrada en vigor del Euro, cuyos avatares relata Delors en su obra citada, es un buen ejemplo de cuanto digo.

La llegada al poder de Chirac y Schroeder en Francia y Alemania a mediados de la década de los 90 cambió drásticamente este panorama. En primer lugar, y hecho éste de no menor importancia, a diferencia de sus predecesores, ni Chirac ni Schroeder eran supervivientes de la guerra. La imagen de Kohl y Mitterand cogidos de la mano en los campos de Verdún es inimaginable en sus sucesores. Esa falta de vivencia histórica, esa ausencia de convicción en que Europa es la respuesta a las tensiones nacionalistas, de que el interés europeo debe primar sobre los intereses nacionales, de que en muchas ocasiones ese interés común supone sacrificios propios marca una diferencia de gran calado en estos últimos años de construcción europea.

La relación Chirac-Schroeder ha pasado por dos fases. En la primera, coincidente con el primer mandato de uno y otro, las iniciativas comunes franco-alemanas brillan por su ausencia. Consecuencia de ello y a la manera de una implacable ley física, otros gobiernos asumieron aquel liderazgo. Un buen ejemplo de cuanto digo se produjo en el año 2000 con las medidas adoptadas en el Consejo Europeo de Lisboa para favorecer el crecimiento y el empleo en Europa. Entonces escribí: «la Cumbre de Lisboa ha puesto de manifiesto otras características de esta “nueva política”. En primer lugar, el eje franco-alemán... ha dado el relevo a una “entente” formada por países periféricos, nucleada en torno a José María Aznar y Tony Blair, quienes... se han echado el equipo a la espalda. Este protagonismo de los gobiernos contrasta con la escasa presencia de la Comisión Europea...».

Más adelante, reelegido abrumadoramente Chirac –y liberado de paso de la cohabitación con los socialistas– y habiendo ganado Schroeder *in extremis* sus elecciones legislativas, se abre una segunda fase en las relaciones franco-alemanas que ha supuesto un giro copernicano respecto a la relación anterior.

En mi opinión, tres han sido las causas que han motivado este drástico cambio de tercio. En primer lugar, lo que Alain Lamassoure llama la revolución numérica que acarrearán la ampliación. Ambos líderes parecen haberse dado cuenta del cambio cuantitativo que se producirá en la Unión al aumentar de quince a veinticinco socios. La consigna parece haber sido «o mandamos nosotros u otros mandan por nosotros».

El segundo factor radica en la inconsistencia de sus políticas internas frente a los postulados comunitarios que Francia y Alemania han impulsado históricamente y que hoy aplican las instituciones europeas; por esta razón, de ser un aliado como en tiempos de Delors, la Comisión se ha convertido en un obstáculo. Quizá el mejor ejemplo lo constituya lo acaecido en los últimos meses en torno al Pacto de Estabilidad y Crecimiento. Concluido antes de la puesta en circulación del euro para tranquilizar a los alemanes respecto a la capacidad de control del déficit público por parte de sus socios, en el 2003 se produjo la paradoja de que esos socios, entre ellos España, cumplieran con las previsiones del Pacto mientras que sus impulsores eran merecedores de una tarjeta roja. Para evitar ésta, el 25 de noviembre de 2003 Francia y Alemania consiguieron suspender el proce-

dimiento previsto en el Pacto para evitar la sanción. Una actitud que ha causado perplejidad en los demás socios europeos que habiendo cumplido unos compromisos que han exigido importantes sacrificios económicos y políticos, se enfrentan a la incómoda tesitura de explicar a sus opiniones públicas cómo, al igual que en la *Rebelión en la granja* orwelliana «todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros».

El tercer factor aparece con la amenaza norteamericana de intervenir militarmente en Irak si el régimen de Sadam Hussein no cumplía el mandato de la ONU. Con gran oportunismo, Schroeder convirtió el debate de la ONU en tema de contienda electoral y se pronunció por el no envío de tropas alemanas, algo que en aquel momento no estaba en el orden del día de ninguna cancillería. Habiendo enarbolado esa bandera electoral y asentándola sobre un antiamericanismo primario, Schroeder abandonó una línea argumental de la política exterior alemana formulada tras la segunda postguerra y que consistía, en contraste con la postura tradicional francesa, en aunar europeísmo y relación transatlántica. Francia, que había hecho numerosos guiños a China y Rusia en los últimos tiempos, no desaprovechó la ocasión y adoptó conjuntamente con Alemania una posición común en relación con una posible intervención militar de los Estados Unidos en Irak. Lo rechazable de tal actitud no es sólo que le dieran publicidad *urbi et orbi* sin consultar ni a la Comisión ni al resto de los socios; peor aún fue que pretendieran que su posición era imputable al conjunto de la Unión Europea; es decir, ¡Francia y Alemania hablaban en nombre de Europa cuando la mayoría de los países europeos no compartían su postura! Durante los debates de la Convención presentaron igualmente una posición conjunta sobre las cuestiones institucionales. Este ejercicio era comparable a la cuadratura del círculo, pues la posición francesa es preponderantemente intergubernamental mientras que Alemania tiene una visión esencialmente federal. Como acertadamente afirmó Andrew Duff, el documento franco-alemán no es otra cosa que un collage donde se contemplan cuestiones ya aprobadas por la Convención –como el Ministro de Asuntos Exteriores con doble sombrero, la implicación de los Parlamentos nacionales en el control de la subsidiariedad a través de un sistema de alerta temprana, o la utilización del método de la Convención para ulteriores revisiones de la Constitución– y se soslayan las discrepancias.

Y es que hoy, a diferencia de lo acontecido en el pasado inmediato, el eje franco-alemán en vez de impulsar iniciativas comunes en beneficio de los intereses europeos como antaño, se ha convertido en algo parecido a una sociedad de socorros mutuos donde uno y otro gobierno se apoyan en función no ya de los intereses europeos sino de los intereses nacionales. Así, Francia obtiene el apoyo de Alemania para garantizar el montante de los gastos agrícolas –un interés vital francés– hasta el año 2013. A cambio, Francia apoya las pretensiones alemanas para desnaturalizar la directiva sobre OPAS y, como propina, consigue la rebaja del IVA en hoteles y restaurantes, lo que beneficia notablemente a la potente industria turística francesa. El hasta ahora último acto de esta colaboración ha sido el estatuto del diputado europeo. En la época del Presidente Gil-Robles yo fui mandatado para redactar uno de los primeros borradores. Seis años después y tras improbables negociaciones, el Consejo de Ministros y el Parlamento Europeo estaban a punto de alcanzar un acuerdo. Sólo Alemania –y Suecia en las consecuencias fiscales– se oponían tajantemente a su aprobación. Pues bien, Francia acudió en socorro de su aliado y bloqueó con su voto la aprobación del estatuto.

¿Y qué decir de su respaldo a la carta de los llamados contribuyentes netos solicitando la limitación del presupuesto de la Unión Europea al 1% del PNB, en el momento mismo en el que acometemos la más ambiciosa ampliación de nuestra historia con la incorporación de diez nuevos socios, cuya renta media es inferior al 60% de la renta media comunitaria? Un contraste muy llamativo con los paquetes estructurales Delors I y Delors II que favorecieron de forma muy notable la cohesión económica, social y territorial de los Estados miembros.

Para los europeístas, la actitud de Chirac y de Schroeder supone no sólo una ruptura con la trayectoria de las tres últimas décadas sino también una profunda decepción. Los impulsores de los más importantes avances en la construcción europea se han desviado de los objetivos que guiaron la actuación de sus respectivos países en la década de los 50, y han adoptado una actitud defensiva guiada por la búsqueda de la satisfacción de intereses nacionales. Si el motor franco-alemán ha asumido históricamente el liderazgo europeo ha sido para hacer más Europa y no para defender intereses particularistas. Pero además han causado una división profunda en un tema capital en el desarrollo futuro de la Unión. Me

refiero, claro está, a las cuestiones relativas a la seguridad. Europa actuó unánimemente para conjugar los peligros del régimen talibán en Afganistán. Esa unidad contrasta con la desunión que ha existido en torno a la crisis iraquí. Las posteriores iniciativas franco-alemanas a las que se han sumado Bélgica y Luxemburgo no han contribuido sino al distanciamiento de los socios. Ese clima de desconfianza es muy perjudicial para la Unión Europea y llega en un momento particularmente sensible, cuando diez nuevos Estados Miembros se incorporan al proyecto común. La construcción europea ganará con un impulso franco-alemán que profundice en las cuestiones relativas a la política exterior y a la seguridad. Pero sin duda se atascará si el eje atiende exclusivamente a sus intereses nacionales. Mientras no cambien las cosas, poco podemos esperar los europeístas de esta alianza.

Pero, en democracia, no hay mal que cien años dure...

BIBLIOGRAFÍA

Delors, J. (2004): *Memoires*, Editorial Plon.

García-Margallo y Méndez de Vigo. (1998): *La apuesta europea: de la moneda a la Unión política*, Editorial Política Exterior.

Méndez de Vigo (2003): *Europa paso a paso*.

Monnet J. (1976): *Memoires*. Editorial Fayard.